

Cómo promover el realismo de Peirce sin ofender al nominalismo

André De Tienne
IUPUI
adetienn@iupui.edu

1. Agradecimientos

Es un honor especial haber sido invitado para impartir la conferencia de clausura de esta quinta edición de las jornadas “Peirce en Argentina”. Agradezco al Prof. Jaime Nubiola, a la Prof. Catalina Hynes y a todo el Comité organizador por su amable invitación, y les felicito a ellos y a cada uno de ustedes por renovar una vez más la indiscutible demostración de que los estudios peirceanos no solo están floreciendo en el mundo hispánico, sino también de que se llevan a cabo con la mayor creatividad y nivel académico. Me agradó ver en el programa del evento una sólida mezcla de investigación teórica e investigación aplicada que explora las áreas de interés de la obra peirceana en la que esta ha literalmente explotado en los últimos años. Esas áreas incluyen el estudio de la lógica de la abducción y sus relaciones con la creatividad, la pedagogía y los estudios cognitivos; el estudio de los gráficos existenciales de Peirce, la lógica diagramática y, de forma más amplia, su concepción de iconicidad; el estudio de la semiótica de Peirce como teoría fundamental de la investigación y de su metafísica como teoría fundamental de la realidad; el estudio de la comprensión peirceana de juicio, aserción, creencia y de la búsqueda de la verdad en el contexto de los profundos debates contemporáneos; el estudio de la relevancia de las ideas de Peirce en los campos post-peirceanos de investigación, tales como el psicoanálisis. Estos temas y otros han sido abordados con destreza en estos dos días. Proporcionan una excelente muestra de la investigación peirceana en los países latinos, y no puedo expresar con la suficiente fuerza hasta qué punto me alienta hondamente esta dinámica positiva de investigación y de resultados compartidos. Quiero expresar a cada uno de ustedes mi agradecimiento y el de mis colegas en el Peirce Edition Project por hacer que el objeto de nuestro trabajo diario valga tanto la pena, pues es el trabajo que ustedes realizan lo que da valor y significado al nuestro.

2. La cuestión de la compenetración entre el realismo escolástico de Peirce y el nominalismo

Como esta es la última conferencia del evento, suponía que nuestras cabezas estarían cansadas y he hecho por tanto un esfuerzo especial para no escribir algo técnico y complicado, lo que resulta algo difícil. Lo que quiero hacer es un ejercicio de segunda-intencionalidad, con lo que quiero decir que, en lugar de discutir los detalles de una cuestión particular en un subdominio particular de los estudios peirceanos, adoptaré una posición más elevada y trataré de algo mucho más general, que es la cuestión de dónde se posiciona exactamente la filosofía de Peirce como un todo dentro del debate clásico —o incluso de la disputa— entre las dos actitudes distintas que parecen prevalecer entre los filósofos de la tradición occidental —las dos actitudes que desde la edad media se han denominado realismo y nominalismo— y de esta manera dónde se posiciona la investigación peirceana como resultado.

Hay varios motivos detrás de esta intención. El primer motivo es la existencia de un excelente libro que fue publicado por Cambridge University Press en 2011, un libro escrito por el estudioso canadiense Paul Forster (Universidad de Ottawa) y titulado *Peirce and the Threat of Nominalism*. Ese libro es notable no solo por su título, sino también por la convincente claridad de sus once capítulos, en los que Forster se las arregla para proporcionar una exhaustiva explicación de muchos de los temas principales de la filosofía de Peirce en el marco del debate del realismo y el nominalismo. Ninguna discusión del realismo de Peirce puede permitirse pasar por alto el espléndido trabajo de Forster, y mi presentación de hoy se nutre de muchas de sus opiniones.

Un segundo motivo surge de la constante tensión que he presenciado a lo largo de los treinta años que he estado estudiando a Peirce entre el amplio y abigarrado continente filosófico conocido como “filosofía analítica anglosajona” y la pequeña isla de los estudiosos de Peirce, parte en sí misma de un archipiélago que recibe el nombre de “filosofía americana clásica”. Es frecuente que los habitantes del archipiélago menosprecien a los habitantes del continente, mientras que es común que estos últimos simplemente ignoren la existencia de los isleños. La isla del propio Peirce suele encontrarse flotando, como un iceberg, entre el continente y el archipiélago, y los observadores de ambos lados no se ponen de acuerdo acerca de la distancia que separa a los dos cuerpos desiguales de tierra. Que la mayor parte del malestar entre la filosofía analítica y —por motivos de simplicidad— la filosofía no analítica pueda diagnosticarse en términos del debate de nominalismo contra realismo es una aproximación que,

aunque obviamente carece de sutileza, es de hecho útil desde el punto de vista general de nuestra discusión.

El tercer motivo es que los principios del realismo de Peirce no son sencillos. No es complicado captarlos en su mayor parte de forma meramente separada, pero lleva mucho más tiempo percibir o darse cuenta de qué implica el realismo de Peirce en términos fundamentales teóricos y prácticos. El realismo de Peirce conlleva una gran cantidad de consecuencias lógicas, epistemológicas y metafísicas, muchas de las cuales no pueden comprenderse sin el vocabulario tradicional de la filosofía, y tampoco dentro del vocabulario del núcleo de la filosofía analítica. Muchos estudiosos de Peirce han intentado salvar la distancia entre las teorías de Peirce y la filosofía analítica traduciendo a Peirce al vocabulario contemporáneo de la filosofía analítica (véase, por ejemplo, la obra de T. L. Short), pero más a menudo que no esta meditada estrategia conlleva un número de compromisos que finalmente pueden no servir muy bien a la causa de Peirce, ni más ampliamente a la causa del “realismo escolástico”, aunque hagan el pensamiento de Peirce más agradable para la hermandad analítica. Este estado de cosas se debe en parte al hecho de que la mayoría de los intérpretes americanos de Peirce pertenecían ellos mismos a departamentos de filosofía dominados por los métodos y procedimientos de la filosofía analítica. Esos métodos y procedimientos van unidos a una manera particular de leer y analizar textos dentro de un formato codificado que tiende a distorsionar los pensamientos nacidos fuera de esa escuela de práctica filosófica. Hay que añadir a eso el hecho de que la filosofía de Peirce se presta, por la misma naturaleza de sus temas y de Peirce por ser el lógico formidable que era, a un tratamiento analítico, más que ninguno de los otros filósofos americanos clásicos, quizá; y añádase también que he encontrado a muchos lectores de Peirce que estaban convencidos de que pertenecía a la escuela analítica, y tenemos de esa forma una receta para grandes malentendidos.

3. El problema con el nominalismo

Está bien documentado que Peirce albergó toda su vida profundos recelos acerca de nominalistas de todo tipo. El capítulo inicial de Forster se titula “El nominalismo como una doctrina demoniaca” y la palabra “demoniaca” viene de una frase particular de una carta de Peirce a Lady Welby del 14 de marzo de 1909 en la que afirma que “el nominalismo y todas sus formas son estrategias del Demonio, si es que hay demonio” (*Semiotics and Significs*, p. 118). Forster proporciona una buena muestra de estas observaciones poco diplomáticas, suficiente para transmitir la arraigada irritación, incluso ira, de Peirce hacia esa actitud filosófica. Sin embargo, Peirce no estaba siempre enfadado y a veces era capaz de decir cosas positivas sobre el nominalismo. Quizá su cumplido principal

hacia los pensadores nominalistas se dirigía a su método. Ese método era no tanto la famosa navaja de Ockham —una navaja que Peirce no pensaba que fuera *prima facie* nominalista, ya que era simplemente una cuestión de sólida economía de la investigación— sino la propensión de los nominalistas a estudiar con minucioso detalle los conceptos que se las arreglaban para cortar mientras los sometían a varios experimentos mentales, formulando y respondiendo a una cantidad de objeciones sutiles y olvidándose después de reconectar los conceptos abstractos al elemento vital que los alimentaba y los estimulaba. Esas cuidadosas observaciones quirúrgicas pueden tener obviamente gran valor en filosofía, y Peirce las valoraba. Lo que molestaba a Peirce es que los nominalistas, entusiasmados por el abundante rendimiento de sus revisiones analíticas, convirtieron sus resultados en lo más importante de la epistemología, la metafísica y mucho más, y que esa forma de cortar o abreviar la investigación científica o especulativa había calado en la “mente moderna común” de su tiempo y del nuestro (5.61, 1903). Muchos –ismos malintencionados debían su nacimiento al nominalismo, incluyendo el sensacionalismo, el fenomenalismo, el individualismo, el materialismo, el utilitarismo, el necesitarismo, el positivismo, el empirismo, el escepticismo, el conceptualismo y el realismo que se opone al idealismo, y esos múltiples nacimientos dejaron una huella inexorable y duradera en la cultura dominante. Peirce percibió tan bien esa consecuencia que no era demasiado optimista acerca de la capacidad del siglo XX para dar cabida a sistemas de pensamiento tales como su propio idealismo objetivo.

En el corazón del nominalismo está la creencia de que hay solo un modo de ser, el ser de una cosa o hecho individual. La realidad comprende solo individuos, y uno solo necesita enumerarlos a ellos y a sus características para obtener en principio una teoría completa del mundo. Ya sean experimentadas de forma mediata o inmediata, las entidades individuales arrojan una masa de datos que la mente procesa en una visión coherente de la realidad. En ese proceso, la mente va tomando nota de las similitudes entre individuos y las convierte en conceptos generales, y estos últimos, cuando se encuentran junto a otros de forma repetida, se asocian en leyes. Estas leyes no tienen otra realidad que la conveniencia del esquema conceptual para los cambiantes intereses de los observadores que las conocen. Como explica muy bien Forster, para los nominalistas “las leyes y conceptos generales son artefactos de mentes que economizan a los que literalmente no corresponde nada en la realidad” (p. 5). No proporcionaré el catálogo completo de los principios centrales de la perspectiva nominalista. Baste decir para los propósitos de esta explicación que, hasta donde le concierne a Peirce, los principales pecados del nominalismo eran los siguientes:

1. El nominalismo restringe indebidamente el poder de la razón a encontrar respuestas a preguntas, y como resultado propaga un escepticismo injustificado

no solo en la ciencia sino también en la religión y en la ética. El nominalismo, en otras palabras, está diseñado para bloquear el camino de la investigación, y ya sabemos que para Peirce esto era equivalente a algo así como una traición. Por supuesto la principal razón para bloquear así el camino es la incapacidad del nominalismo para reconocer la realidad de lo universal y lo general. Esa incapacidad se traduce inevitablemente en una incapacidad para llenar de forma satisfactoria el hueco que conlleva el rechazo de la realidad de la generalidad. Esa incapacidad, a su vez, arroja la conclusión de que algunas cosas son incognoscibles.

2. La propensión del nominalismo a hablar de los conceptos y lo general como ficciones o como estratagemas lingüísticas convenientes pero transitorias que sirven a intereses prácticos no logra explicar la presencia efectiva de regularidades en la experiencia ni el éxito de las predicciones científicas. Hay una pereza fundamental del pensamiento que no logra imaginar cómo preguntarse sobre los fundamentos de la investigación racional.

3. Los nominalistas tienden a ver el pensamiento como completamente sometido a leyes deterministas. De esta manera negarán la libertad de la voluntad, de la deliberación y de la investigación, reduciendo esta última a la interacción de fuerzas físicas sin ver que la historia intelectual es una aventura en desarrollo de ideas falibles que experimentan crecimiento y deterioro.

4. El nominalismo socava notablemente la posibilidad de las ciencias normativas al negar la realidad de las causas finales y al reducir lo teleológico a uniformidades mecánicas. Esto viene acompañado por una reducción de las normas a convenciones temporales entre individuos que persiguen el cumplimiento de deseos y objetivos privados, tanto en la esfera social como moral.

5. El nominalismo niega la realidad de la continuidad y prefiere adoptar una postura discretista en todos los campos de investigación. El nominalismo reduce la realidad a la existencia y no reconoce otras modalidades de ser más que como accesorios que resultan necesarios de acuerdo con los límites de lo que puede ser expresado.

Gran parte del trabajo filosófico de Peirce puede entenderse de forma legítima como un contra-esfuerzo por minar los fundamentos de la perspectiva nominalista, reemplazándola por los resultados de una investigación concienzuda sobre esos fundamentos presupuestos. Esa rigurosa investigación tiene sus raíces en la lógica, con el análisis de Peirce de la formación de los juicios sintéticos en general y su radical reforma de las concepciones fundamentales conocidas como categorías. A los varios -ismos nominalistas que hemos mencionado, Peirce

opuso en el tiempo su propio conjunto: pragmatismo, falibilismo, *commonsensismo* crítico, tijismo o indeterminismo, sinejismo, agapismo y por supuesto su idealismo objetivo, que pronto maduró en un realismo semiótico, en sí mismo el desarrollo de su realismo escolástico de toda la vida. Añádase a esto el antifundacionalismo que pretendía, una posición no denominada así por él pero que se ha extendido y que merece ser denominada así en tanto que tomamos la palabra fundamento en un sentido determinista. Pero si la palabra fundamento se toma en un sentido no determinista, falibilista, entonces hablar de Peirce como un filósofo que exploró principalmente los fundamentos y los redefinió drásticamente resulta legítimo.

4. La asimetría fundamental entre nominalismo y realismo

Teniendo en mente el anterior resumen de algunos de los principales principios del nominalismo y la oposición de Peirce a cada uno de ellos volvamos a la pertinente y estratégicamente importante cuestión de cómo promover de la mejor manera una perspectiva peirceana realista dentro de una cultura académica y, más en general, una cultura social que se alimenta de raíces nominalistas, a menudo sin saberlo, quizá porque no se ha transmitido una alternativa opuesta lo suficientemente convincente.

Lo que me gustaría sugerir es algo que Forster no hace en su libro. En efecto, a lo largo de toda su discusión Forster adopta una actitud que es ciertamente encomiable, que es la del estudioso imparcial que, aunque con una clara simpatía hacia la postura de Peirce, se las arregla para presentar en paralelo tanto la aproximación realista a cuestiones filosóficas como la nominalista, como si debieran establecerse en igualdad de condiciones. Es entonces una cuestión de exponer las tesis nominalistas, de exponer después las objeciones de Peirce y sus propuestas alternativas, cuestión a cuestión y capítulo a capítulo, abasteciéndose cada vez de lo que Peirce parece lograr y tiene todavía que lograr para conseguir una alternativa viable al sistema nominalista. Forster trata varios campos de controversia entre los dos bandos: el papel de la lógica y la filosofía y el de su relación con las ciencias especiales; la realidad de la continuidad en conjunción con el problema de los universales; la naturaleza del significado en relación con la máxima pragmática de Peirce, y los fundamentos lógicos de esa máxima; el papel de la experiencia en la investigación; si la investigación es verdaderamente auto-correctiva; la naturaleza y las teorías de la verdad; la posibilidad de una cosmología evolutiva; el azar y el indeterminismo; y la búsqueda de la verdad como idea moral. A través de todo ello Forster muestra cómo Peirce se las arregla para construir una discusión cada vez más sofisticada que fortalece su castillo filosófico mientras que hace disminuir la amenaza que el nominalismo supone para la misma posibilidad de proponer “un marco final, imparcial, vinculante y

racional para la organización y el cumplimiento del potencial humano” (Forster 2011, p. 246).

Lo que me preocupa, sin embargo, es la difusa sugerencia de que el debate del nominalismo contra el realismo debería terminar necesariamente en la victoria permanente de una parte sobre la otra, como si la naturaleza del conflicto fuera tal que no resultara posible estar entre dos aguas. ¿Realmente ha entendido todo erróneamente el nominalismo, y el realismo todo de forma correcta (o al revés)? ¿Estamos tratando con posiciones filosóficas que solo pueden ser radicalmente partidistas? Si ese fuera el caso, entonces la posibilidad misma de promover el realismo sin ofender a los nominalistas, o lo contrario, sería imposible. Lo que me gustaría ofrecer es lo siguiente: aunque no pienso que sea posible promover el nominalismo sin ofender a los realistas (véase el obstinado enfado de Peirce ante los nominalistas), pienso que es posible promover el realismo no solo sin ofender a los nominalistas, sino incluso convirtiéndolos en aliados del realismo (a veces sin ser conscientes de ello pero preferiblemente de forma consciente). No quiero decir que haya una manera sencilla de convertir a los nominalistas al realismo, aunque por supuesto pueden ocurrir conversiones de ese tipo, y de hecho han sucedido realmente. La conversión, sin embargo, no es un objetivo, porque los nominalistas la percibirían de hecho como una amenaza real. Es importante que los nominalistas no perciban el realismo como una amenaza, incluso aunque los realistas tengan buenas razones para percibir el nominalismo como una amenaza en general, especialmente cuando se convierte en excluyente. Aunque no necesitamos convertir a los nominalistas al realismo, necesitamos enfrentar directamente el hecho de que convertirlos en aliados benévolo del realismo no será una tarea fácil. Y sin embargo hay buenas razones para creer que tal objetivo no es imposible. ¿Cómo puede ser?

La clave para este optimismo se encuentra en la teoría de las categorías de Peirce. La cosa es en realidad muy simple, al menos para una mente peirceana. La teoría categorial de Peirce nos enseña, en efecto, que nominalismo y realismo no están y nunca han estado en igualdad de condiciones epistemológicas, teóricas, metafísicas o lógicas. El nominalismo y el realismo no son castillos que estén a la misma altitud a los lados del abismo que los separa. Sin duda hay un abismo, pero sostengo que ese abismo puede cruzarse, no mediante un puente horizontal sino mediante una sólida escalera que permite que o bien los nominalistas asciendan hasta el planicie superior del realismo, o que los realistas desciendan hasta la tierra inferior de los nominalistas. La razón fundamental para esta desigualdad es la sólida regla categorial según la cual, aunque puede haber primeridad sin segundidad y segundidad sin terceridad, no hay terceridad sin segundidad ni segundidad sin primeridad. Esto viene reforzado por el corolario semiótico que se aplica a los legisignos: los legisignos son signos que están por su objeto en virtud de ser como leyes, o generales. Todos los símbolos son

legisignos, ya que todos son generales. Peirce tiene razón en que los símbolos no pueden funcionar a menos que sean realizados en “réplicas” actuales. Por ejemplo, ya he pronunciado en esta sesión la palabra “nominalista” al menos veinte veces, y cada ocurrencia de ella es una individuación simbólica particular —una réplica— del mismo símbolo general en que consiste la palabra “nominalista”, independientemente de sus actualizaciones. Por lo tanto, cualquier réplica de un símbolo, incluso antes de que se refiera a un objeto dado, se refiere primero a la idea general que encarna. Por supuesto, los nominalistas y realistas diferirán acerca de la naturaleza y realidad de ese símbolo general. Sin embargo, para el realista peirceano, el hecho mismo de que los legisignos solo puedan manifestarse a través de réplicas que toman la forma lógico-semiótica de los sinsignos constituye el punto decisivo de toda la disputa. Un sinsigno que no sea una réplica de un legisigno está por su objeto en virtud de la pura reacción existencial y singular en la que se encuentra *vis-à-vis* ese objeto, que es la manera en la que los índices son sinsignos. Pero los sinsignos que son réplicas de legisignos, por ejemplo cualquier proposición en este mismo texto que estoy leyendo, son proyecciones categoriales cruzadas (a partir de la terceridad) que están por su objeto no en virtud de una reacción real con él aquí y ahora sino en virtud de que constituyen casos de la relación general que gobierna su expresión.

Por tanto, sin los signos generales o legisignos son reales en cuanto generales, se manifestarán en casos encarnados o réplicas que tienen que desarrollar la misión que esos legisignos significan. Ahora bien, si vemos esto desde una perspectiva nominalista, esto es, desde una mente insensible a la realidad de los generales, podemos predecir fácilmente que el nominalista por lo menos reconocerá, cada vez que lea una frase dada en un texto impreso o que escuche su sonido en un discurso, que una experiencia significativa singular está teniendo lugar justo en ese momento particular. El nominalista negará que una experiencia tal sea meramente un caso de algo general, excepto si ese caso se repite de forma exacta una y otra vez, en cuyo caso la similaridad entre los casos autorizará una asociación de ideas que equivale a una cómoda abreviatura de cada serie de casos en una representación singular. Pero no es probable que el nominalista dé un paso más allá aceptando la idea de que, tanto lógica como metafísicamente, estaba funcionando algo de una modalidad completamente diferente, como sostendrían los realistas.

Sugiero que tal resistencia por parte de los nominalistas no sea causa de desánimo entre los realistas. Por el contrario, debería tomarse como una ocasión de alegrarse. ¿Por qué? Porque tal reacción nominalista conlleva la mayor parte del tiempo una confirmación parcial pero valiosa de las expectativas realistas. En efecto, allí donde hay terceridad, sea en forma de una ley de la naturaleza o de una fórmula de física, aparecerán manifestaciones de su gobierno general en eventos reales cuyos elementos se alinearán de acuerdo con la ley o fórmula que

los explique dentro de un rango o latitud que refleje el nivel de generalidad o vaguedad de esa ley o fórmula. Así es como todos los eventos replican los símbolos generales que los presiden dentro del curso de su eventualización real. Ya que la experiencia ordinaria de cada momento privilegia a la segundidad sobre la terceridad, y ya que los terceros no pueden sino replicarse a sí mismos en segundos, solo ha de esperarse que las explicaciones de lo que está pasando tiendan a centrarse exclusivamente en la sucesión de acciones y reacciones más o menos puntuales que serán medidas en el curso de la observación fenoménica. Si es así, entonces los resultados de la investigación nominalista pueden usarse para confirmar parcialmente la verdad de las conclusiones realistas, o incluso para moderar afirmaciones realistas exageradas haciéndolas bajar a la tierra.

Lo que esto significa es que la postura o actitud nominalista es completamente predecible desde el punto de vista del realismo. En efecto, y esta es la tesis que estoy ofreciendo, la afirmaciones nominalistas que sean sólidas deberían ser aquellas que resulten ser subcasos confirmatorios de afirmaciones realistas más amplias. Esto implica un corolario algo paradójico que es que donde los generales o los universales gobiernan eventos, allí el nominalismo crecerá a expensas del realismo. Por ejemplo, el realismo predice que el nominalismo construirá con éxito sistemas de inteligencia artificial. Esto es simplemente porque la terceridad se replica o se actualiza o se encarna en estructuras sintácticas mecanizables, y por lo tanto no es sorprendente que los procesos artificiales puedan ser imitados e incorporados en mecanismos, creando la ilusión semiótica general de máquinas autónomamente inteligentes. Y sin embargo la terceridad permanece irreducible a segundidad aunque su misma encarnación proporciona la base para la ilusión lógica de que es reducible. Si el realismo puede predecir el nominalismo, lo contrario, sin embargo, es imposible: los nominalistas duros son genuinamente incapaces de predecir la emergencia de un tipo escolástico de realismo. Están irremediabilmente confinados a las tierras bajas de explicaciones formuladas exclusivamente en términos de existencia individual y mecánica o acciones y reacciones deterministas. Esto puede sonar desafortunado, pero no hay razón para la lástima. Pues nosotros también podemos, como realistas, predecir que los nominalistas estarán de hecho ampliamente satisfechos con su propia condición. La razón es que están obligados a sostener teorías dualistas altamente satisfactorias, aunque estén salpicadas de andamios *ad hoc* que median cuando el dualismo parece poco firme, por la misma razón por la que tendrán la ilusión de abarcar la totalidad de su postura. En efecto, ya que todos los terceros deben replicarse en segundos, la misma abundancia de segundos será abrumadora y parecerá llenar toda la realidad.

Lo que implica esto es que las teorías nominalistas, en tanto que no se pasen por alto sus limitaciones, son útiles para los realistas. Después de todo tales teorías son laboriosamente construidas a partir de observaciones minuciosas. Los realistas saben por adelantado que esas explicaciones son solo parciales o fragmentarias. Pero no hay razón para dudar de que una lectura realista de tales explicaciones producirá hipótesis altamente provechosas o ventajosas para la causa realista, ya que las cuidadosas explicaciones nominalistas deberían estar llenas de pistas respecto a las leyes reales que regulan su contenido. Los realistas por lo tanto deberían dar la bienvenida a los nominalistas como socios valiosos para la investigación, y no preocuparse de seguir siendo mal entendidos por estos últimos: las mentes confinadas a la seguridad están categorialmente limitadas y no debería esperarse que “conozcan mejor”. Queda, sin embargo, la necesidad de que los realistas aprendan a comunicarse mucho mejor con los nominalistas, precisamente porque, como Peirce se percató correctamente, el nominalismo dejado a sus propios recursos puede ser extremadamente peligroso. Si se deja solo, el nominalismo engendrará toda clase de reduccionismos dañinos que abrirán la puerta a ataques dramáticos de intolerancia y de ceguera a las realidades más altas de la terceridad.

5. Cómo promover el realismo de Peirce

Para promover, por lo tanto, el realismo sin ofender al nominalismo, ofrezco los siguientes consejos y estrategias. Son solo una pequeña muestra, pero trazan el camino para una colaboración más fructífera entre los habitantes de la montaña y los de las tierras bajas. Recordemos también que alimentar un sentido del humor respetuoso puede facilitar más efectivamente el camino hacia la reconciliación.

1. No permitan que el realismo se convierta en una amenaza para el nominalismo; un nominalista asustado es peligroso. Indiquen que el trabajo duro de los nominalistas es positivamente útil, incluso necesario, para el progreso cotidiano de la investigación, y que los realistas peirceanos acogen de corazón los resultados de la investigación nominalista. Expliquen que lo que hacen los realistas con esos resultados es proporcionarles un horizonte de inteligibilidad que realza su significado y ensancha el alcance de su poder explicativo.

2. Animen a los nominalistas a leer los escritos de Peirce bajo la guía de intérpretes realistas, agradables y de prestigio. No los desanimen tomando aires de superioridad o transmitiendo la sensación de que Peirce es un pensador complicado. Díganles que ciertamente no perderán nada por leer a Peirce, y que la probabilidad de que ganen algo a través de esa experiencia es muy elevada.

3. Cuando traten con nominalistas moderados (que afortunadamente son la mayoría), traten de remover con suavidad su sistema de creencias, al menos lo suficiente como para mantenerles en un estado permanente de vaga auto-duda (necesitamos que un estudioso de Peirce escriba un ensayo sobre “La des-fijación de las creencias”). La auto-duda vaga es todo lo que se necesita para llevarles a escuchar a los no-nominalistas con un oído amable a priori, y el hecho es que los nominalistas más convencidos no están del todo libres de impulsos realistas.

4. Sean sinceros con ustedes mismos y admitan interiormente que seguir siendo realistas peirceanos es desafiante: las tentaciones nominalistas están por todas partes y acechan bajo disfraces sutiles, a menudo difíciles de distinguir. La mayor parte de los realistas no están libres de impulsos nominalistas. La tentación de una simplificación excesiva y del reduccionismo es omnipresente y nunca desaparecerá. Ni siquiera Peirce era inmune a ella.

5. Debatan abiertamente los problemas del reduccionismo. Nadie quiere ser llamado reduccionista, ni siquiera los nominalistas. Ellos sienten la crítica subyacente y el oprobio que conlleva. Lo habilidoso es discutir la cuestión sin causar irritación, usando quizá estrategias familiares para ellos, tales como falacias informales y experimentos mentales curiosos de los que puedan reírse. Cuando sus interlocutores estén listos, presenten la teoría de las categorías de Peirce, y expliquen entonces a los nominalistas que cualquier afirmación que hagan, especialmente si va por el buen camino, es probablemente una proyección en la segundidad de una afirmación más completa en la terceridad. Será mucho menos probable que los nominalistas conscientes de las proyecciones pronunciadas alberguen reduccionismos peligrosos, incluso aunque sean incapaces de darse cuenta del origen de la proyección.

6. Señalen el principal beneficio de usar un enfoque peirceano cuando sea posible: su capacidad para reconciliar puntos de vista que han llegado a ser irreconciliables en el campo nominalista. Por ejemplo, los filósofos analíticos que estudian la teoría de los nombres propios se han dividido entre dos perspectivas (cada una con subvariantes), a saber, la teoría descriptivista y la causalista, que reducen el análisis de cómo funcionan los nombres propios a una cuestión de connotación o denotación, respectivamente. Desde un punto de vista peirceano, esas distintas perspectivas son útiles. Cada una es un fragmento de una teoría más abarcante, y no necesitan en absoluto estar en conflicto. Todo lo que el realista peirceano necesita hacer es mostrar con calma cómo la teoría realista semiótica de Peirce no solo acomoda las dos posiciones sin contradicción (cada una de ellas puede ser fácilmente encasillada dentro de la tabla dinámica de funciones de los signos de Peirce), sino que además enriquece a las dos con perspectivas complementarias que las unen y las elevan desde las tierras bajas hasta el

altiplano. Dado el alcance más amplio del programa realista semiótico de Peirce, resulta en efecto acertado esperar que resista la prueba de teorías de menos rango proporcionando con éxito una explicación unificadora que logre hacer justicia a esas teorías e inscribiéndolas a su vez en el esquema mayor del que entran a formar parte. Pueden lograrse reconciliaciones similares de posiciones analíticas enfrentadas en otros subcampos de la investigación filosófica, incluyendo por ejemplo la teoría de la percepción y la teoría de la vaguedad. La estrategia en cada caso es identificar la perspectiva más amplia que incluya a las más fragmentarias y que ponga de manifiesto qué papel complementario juega cada una dentro de un esquema mayor (que por fuerza estará en un nivel superior de generalidad).

7. Sean sinceros e incluso entusiastas acerca de su fe pragmaticista, si sucede que la tienen, cuando discutan con los nominalistas. Puede argumentarse de forma sólida cómo el pragmaticismo de Peirce se diferencia de cualquier otro –ismo conocido en filosofía. Merece la pena elaborar un poco más este punto. Cuando Peirce acuñó la palabra *pragmaticismo*, no estaba meramente añadiendo otro –ismo a una colección siempre creciente de tendencias filosóficas. Por el contrario, estaba sacando su pragmatismo original de una vez por todas de ese batiburrillo, sobre la base de que la máxima que definía su semilla no era un dogma arbitrario o a priori sino un teorema del todo demostrable. En efecto, como Forster demostró en un artículo publicado hace nueve años¹, la máxima pragmática de Peirce, incluso en su forma más temprana, era equivalente al principio nuclear que define a todo proceso inferencial, y por lo tanto la expresión más general y fundamental de la naturaleza de un acto lógico. Desde ese punto de vista, la máxima pragmática no es un principio de lógica entre otros, sino el principio mismo que define la lógica en sí misma. Está en el centro de la perspectiva idealista objetiva del realista: en el principio era el *logos*. Ni postulado ni axioma, el teorema pragmático de Peirce ayuda a distinguir las afirmaciones nominalistas de las realistas, esto es, ayuda a distinguir afirmaciones que pasan por alto la operatividad teleológica de la terceridad de aquellas que no lo hacen, y como tal lleva en alto la bandera del realismo escolástico.

8. Asegúrense de explicar a los nominalistas que el pragmaticismo no defiende un idealismo obsoleto o simplista. Decir que los generales son reales no es decir que existen como los objetos materiales, ni es volver a Platón. Explicar qué son los terceros y cómo operan como causas finales es pedagógicamente peliagudo, pero nosotros los peirceanos necesitamos hacernos más expertos en ello. En tanto nosotros no hayamos captado del todo la metafísica especial de esa

¹ Paul Forster, "The Logic of Pragmatism: A Neglected Argument for Peirce's Pragmatic Maxim," *Transactions of the Charles S. Peirce Society* 24.4 (2003): 525–54.

modalidad viva de realidad y no hayamos llegado a dominar cómo expresarla a otros, deberíamos contenernos de hablar de ella a los nominalistas, para no dañar o debilitar o tergiversar completamente el realismo. Una manera de hacerlo es proporcionando inocentemente a los nominalistas la máxima pragmática de Peirce sin decirles que es una máxima del realismo. Entonces se les pone a aplicarla a la concepción de generalidad con la mayor meticulosidad nominalista. A su debido tiempo, llegarán a ver que el pensamiento que indaga, que está empapado de generalidades, tiende, cuando es controlado por una lógica racional experimental, a expresar ciertas conclusiones cuya verdad no depende de ningún acto de pensamiento, asociación o inferencia particular individual o colectivo. Verán que la investigación tiende a fijar opiniones que, a largo plazo, resistirán desafíos y contra-experimentos, y parecerá que tales opiniones están “destinadas” en el sentido de que era su destino aparecer, simplemente porque lo que representan es real. Sus interlocutores nominalistas comenzarán entonces a entender cómo puede decirse que los generales “reales” regulan los cursos de acción individuales dentro de la serie de circunstancias o condiciones que ellos especifican. Expliquen, en ese punto, que lo que más importa para el pragmatismo es el proceso de evolución por el que lo existente llega a encarnar más y más los generales “destinados”, y que el único método que ofrece alguna garantía de descubrir qué pueden ser esos generales destinados es el método científico bajo la guía de la lógica pragmática de la abducción.

9. Finalmente, refieran a los nominalistas a la distinción de Peirce de 1903 entre siete sistemas de metafísica. Los nominalistas piensan como si la categoría metafísica final fuera la segundidad, con o sin primeridad. Los realistas creen en la realidad igualitaria de las tres categorías, una posición que produce el séptimo tipo de metafísica de Peirce. Los otros seis tipos de metafísica (aquellos que creen solo en la realidad de la primeridad; o solo de la segundidad; o solo de la terceridad; o de la conjugación de primeridad y segundidad solo, o de primeridad y terceridad solo, o de segundidad y terceridad solo) son todos imperfectos por su olvido de una o dos categorías. Esto, sin embargo, no hace que no tengan ningún valor. Por el contrario, cada uno hace una contribución positiva respecto a la mezcla de categorías que aceptan como elementos de realidad. Desde el punto de vista del séptimo sistema de metafísica, por lo tanto, los otros seis sistemas, incluyendo los dos que son francamente nominalistas, son de verdad valiosos. Uno podría incluso ir más lejos y decir que el valor de cada uno de esos otros seis sistemas solo puede comprenderse de forma correcta y verdadera desde una perspectiva que es precisamente la del séptimo sistema. En efecto, el séptimo sistema es el único que puede darse cuenta de la bondad de los otros seis, a la vez que señala e incluso corrige sus fallos.

Les he presentado solo una muestra de posibles estrategias para calmar a los nominalistas, a la vez que se les trata de mostrar que los realistas les consideran unos socios genuinamente valiosos para la investigación. Reconozcamos que los nominalistas realizan un trabajo muy útil, y permitámosles a ellos darse cuenta de que los realistas están armados solo con buenas intenciones, y que traen consigo el atractivo regalo de un “horizonte de inteligibilidad”, que para Peirce abarca a todos los buscadores de la verdad e ilumina toda la realidad.

(Traducción castellana de Sara Barrena, 18 agosto 2012)